

*Galina Solovey y Anatol Milechnin. EL HIPNOTISMO DE HOY. Ediciones Dyaus, Buenos Aires, 1957, 286 páginas.*

Nadie que se interese por los progresos de la psicología puede eximirse de conocer el estado actual de las investigaciones sobre hipnosis. La exploración del universo inconsciente, que señala una de las grandes preocupaciones de la época, no sólo enriquece la visión especializada del psicólogo, sino que se proyecta sobre la totalidad del saber. Particularmente, pródigo en sugerencias y elementos interpretativos se muestra este estudio en el ámbito de la religión, de la metafísica, de la antropología. Sus conocimientos aprovechan a la técnica y a la teoría, y a través de su apasionante itinerario, el científico de mentalidad europea comienza a vincularse con las conquistas espirituales del Oriente.

El fenómeno es conocido desde la más remota antigüedad, tanto en las civilizaciones primitivas, donde su manejo es menos consciente y más restringido, como en las muy evolucionadas. Pero recién hoy se trabaja sistemáticamente y con rigor científico, en echar las bases de

su teoría y en averiguar hasta sus más leves y escondidas manifestaciones. Una impresionante bibliografía de calidad muy desigual, se acumula día a día, y hay razones para esperar mucha luz de todo este afán occidental que aplica su genio y sus métodos no superados, al esclarecimiento de esta cuestión.

La doctora Galina Solovey, médico jefe de Policlínica del Hospital Pereyra-Rossell, de Montevideo, y el investigador Anatol Milechnin, nos entregan una obra panorámica seria, bien informada y de lectura fácil y amena (Advirtamos en este punto que lleva una portada antiestética y vulgar, que mueve a equívocos, por lo que privará a muchos de leerla). No siempre pueden tratar los problemas con la debida pulcritud y acaso los autores no se interesen siquiera por todas las proyecciones que ofrece el fenómeno. Una actitud muy saludable de poner atajo a las fantasías y falsedades que circulan sobre los hechos hipnóticos y, en especial, el propósito manifiesto de dirigirla a los profesionales con fines de terapia, limitan sus especulaciones y definen su valor. No obstante, el libro es recomendable al público culto en general.

El estudio consta de seis capítulos. En el primero —“Reseña Histórica”—, nos hablan, sinópticamente, de la existencia y conocimiento que tenían de la hipnosis, chinos, hindúes, egipcios, griegos y demás pueblos antiguos. Reducen algunos aspectos de la magia, de la sabiduría sacerdotal, de las curas milagrosas, de la posesión de demonios y otros sucesos desconcertantes, a simple hipnosis. “Los mártires cristianos se valieron de una analgesia hipnótica para soportar sus torturas, cantando loores al Señor, sin dar señales de sufrimiento”. Y aunque es fácil convenir en estas afirmaciones —bien que la reducción no es siempre clara— hace falta un desarrollo más completo que las muestre con evidencia. Pues si es cierto que esta naturalización de la

fantasía mítica es una conquista preciosa, esto no autoriza a creer resuelta la cuestión. Flota en el libro, preciso es decirlo, algo de esa ingenua seguridad que suele llevar el estilo de los científicos, como si quisieran decirnos que todo misterio se ha disuelto, siendo que el misterio sólo cambia de nombre y ahora es el de las cosas naturales; pues, aunque el manejo del fenómeno sea por esta comprensión más seguro y más fácil y se realice sin invocar la intervención de los poderes divinos, y por el solo juego y movilización de los nuestros, no cura nuestra perplejidad ni deja de suscitar igual asombro. Más aún, ¿qué es la hipnosis?, todavía no lo sabemos, apenas sabemos lo que no es, algo de lo que se puede hacer con ella y cómo hacerlo.

Dedican luego una buena parte a las teorías de Mesmer y a sus grandes esfuerzos por interesar al mundo científico en este estudio, así como a James Braid que marca un hito en la historia del hipnotismo, cuando comprende que se trata de un “asunto puramente psicológico”, que no depende de “ninguna fuerza física”.

El segundo capítulo lo dedican a “La Naturaleza del Estado Hipnótico”. Se tiene la idea, entre otras igualmente erradas, de que la hipnosis constituye un hecho insólito, de logro mágico, siendo que se trata de un suceso normal y simple. Nos hablan los autores de las relaciones hipnóticas en la infancia, tan importantes en la formación de la personalidad, que no podría prescindirse de ellas sin riesgo de la vida, pues la caricia que la madre hace al niño en el instante en que éste la necesita, constituye la más elemental y pura de las relaciones hipnóticas, “fuente original —a la vez— de la acción hipnoterapéutica” posterior. Por eso, la naturaleza las ha puesto de modo que surjan espontánea e inconscientemente entre el pequeño y su madre, contribuyendo a una “estabilización emo-

cional que favorece el desarrollo fisiológico y psicológico normal del niño", a un fortalecimiento de su ánimo, a la creación y afianzamiento de asociaciones y reflejos condicionados y, en fin, a posibilitar los procesos educativos. De este modo nos vuelven a mostrar esta verdad evidente y, sin embargo, desatendida: que la hipnosis no es un suceso sobrenatural ni extraño, sino que tanto su naturaleza como su mecanismo forman una indisoluble unidad con la naturaleza y el mecanismo de la psiquis humana.

Tampoco debe confundirse, como es tan común, el trance hipnótico con el sueño, del que se distingue esencialmente, ni creerlo una anomalía del comportamiento humano. El propio Braid, que acuñó el término hipnotismo (de *hypnos* = sueño), cambió su parecer, hace un siglo, advirtiendo que se trataba de estados distintos, y que las pruebas hipnóticas más notables podían llevarse a efecto hallándose despierto el paciente.

Las relaciones hipnóticas comenzadas en la infancia, continúan en la vida diaria y se establecen entre el médico y el enfermo, el sacerdote y los fieles, el maestro y sus discípulos, el *leader* y la masa y en las ocupaciones ordinarias; por ejemplo, los consejos que nos da D. Carnegie sobre "Cómo ganar amigos e influir sobre las personas", no difieren de las indicaciones que señala Erickson —el gran clínico norteamericano— como "representativas del proceder habitual de los terapeutas modernos "en la inducción hipnótica".

La hipnosis no sólo se ejerce de una persona a otra, sino respecto de uno mismo. Los yoguis, por ejemplo, son particularmente diestros en esta operación, de la cual obtienen conquistas impresionantes.

En relación al "Significado de la Profundidad Hipnótica", el lector hallará juicios de gran interés. Ella es descrita como una "retrogresión psicológica a un

nivel más temprano del desarrollo del individuo", de suerte que el estado sonambólico corresponde al funcionamiento psicológico de un niño de uno a tres años, y el estado profundísimo o "estuporoso", al recién nacido. Ello implica el desaparecimiento de las inhibiciones del hombre maduro, del que tanto provecho obtiene la psiquiatría, y la posibilidad de una observación asombrosa en el pasado, observación susceptible de control, con todo lo que esto apareja para la indagación científica, a diferencia de las regresiones que ocurren en las emociones violentas.

Entre los muchos errores que la fantasía popular ha divulgado sobre el asunto y se disuelven en este capítulo, está la creencia en la potestad ilimitada que el hipnotizador adquiere sobre el paciente o la fabulosa creación de poderes, siendo la verdad que nada podrá conseguirse, por hondo que sea el trance, si va en contra de las convicciones profundas de éste o de sus cualidades esenciales.

En el capítulo tercero —"Los Fenómenos del Estado Hipnótico"— nos dicen que éstos varían de una persona a otra, según el producto de los tres factores que los determinan: la retrogresión, la sugestibilidad y los caracteres individuales del sujeto. Admira todo lo que puede obtenerse: órdenes posthipnóticas, fenómenos motores (catalepsia, flexibilidad cética, aumento de la fuerza y resistencia musculares, parálisis); fenómenos sensoriales (anestesia, aplicada incluso a la cirugía mayor, cegueras, sorderas o agudización de estas funciones, alucinaciones positivas y negativas, pérdida de las sensaciones de posición, de peso, de resistencia, de vibración); fenómenos viscerales, en los cuales se facilitan o inhiben los mecanismos fisiológicos habituales, así sobre la función cardíaca, la presión arterial, el aparato digestivo (usando la técnica de las comidas imaginarias, por ejemplo, que provocan las mismas reacciones de una comida real); en las funciones

urinarias, endocrinas y genitales; la glándula tiroides; modificaciones de la piel; regresión a cualquiera edad, con el comportamiento consecuente, o progresión hasta la vejez, o tranidentificación, etc.

En el capítulo IV —“La Inducción del Estado Hipnótico”— nos muestran las diversas técnicas de inducción del trance hipnótico, señalando el principio básico, en el cual descansa la eficacia de tan abundante como heterogéneo número de ellas, y que no es otro que “hallar y estimular los condicionamientos y las asociaciones que pueden desencadenar el estado emocional hipnótico en el sujeto”. Analizan con mucho acierto “la equivalencia entre la inducción hipnótica por medio de la actitud comprensiva y aceptadora y la relación entre los padres y los hijos”. También es fino el análisis por el cual explican el éxito de los antiguos procedimientos indirectos de tipo espectacular, aun repetidos en las exhibiciones teatrales, que reducen al procedimiento directo de base ya descrita, facilitado por las presugestiones de la fama que rodean al operador y que tan notable efecto tienen en el logro de esta experiencia. Esto significa que una feliz inducción hipnótica está fundada en el conocimiento de los caracteres psicológicos del sujeto y algunas particularidades de su educación, así como del funcionamiento normal del psiquismo humano.

Se cierra el libro con dos capítulos dedicados expresamente a la medicina: “Hipnotismo y Psicoterapia” y “Algunos Principios de la Hipnoterapia”, donde se leen juicios muy serenos e inteligentes. Desde aquí, el libro se tornará cada vez más especializado, sin que por esto pierda atracción para el público extraño, pues el estudio de la psicopatología contribuye de tal modo a conocer mejor el funcionamiento del hombre normal, y los medios de curación implican una comprensión tan profunda del alma hu-

mana, que forman, sin violencia, una plena continuidad en el sentido.

Frente a la diversidad de escuelas que ofrece la teoría psiquiátrica, impresiona que todas ellas pueden “curar enfermos”, de donde los autores deducen que lo importante está en proporcionar al paciente “una relación interpersonal constructiva” más que en la aplicación de tal o cual sistema. Esta relación puede llevarse a efecto por vías muy heterogéneas, con lo cual se explica el éxito de tan opuestas doctrinas, cuando están en manos de un operador de gran experiencia y calidad humana. Sin advertirlo, muchas veces, se establece entre el paciente y el terapeuta una relación hipnótica, un *rappoit*, que asegura el buen término del tratamiento, el que racionalizado posteriormente por el médico, se asimila a una escuela determinada. Sólo que el establecimiento directo y deliberado de la relación hipnótica abrevia en forma increíble el tiempo de curación (en proporción aproximada de uno a diez). Un informe de la Subcomisión de la Asociación Médica Británica, del año 1955, declara al respecto: “El hipnotismo puede determinar el desarrollo rápido e inmediato de una relación entre el hipnotizador y el sujeto, de la misma naturaleza e intensidad que la que se produce más lentamente en el curso de la psicoterapia”. La base capital del éxito por el trance hipnótico, está en la “estabilización emocional” que trae consigo y en la que insisten muy acertadamente los investigadores a través de toda la obra (tranquilidad psíquica, relajación muscular, regularización de las diversas funciones, etc.), toda vez que es un desequilibrio emocional la gran causa de los trastornos más frecuentes, desequilibrio originado por una desproporción negativa entre las afecciones alteradoras y estabilizadoras que ocurren normalmente en la vida de todo hombre. Para esto se utilizan también, claro está, entre otros recursos com-

plementarios a la acción del psiquiatra, las relaciones interpersonales constructivas del ambiente.

De la consideración de este interesante y necesario juego de emociones alteradoras y estabilizadoras, en que se debate el transcurso de toda vida, deducen una clasificación (en cinco grupos) de gran valor para el diagnóstico, proporcionando indicaciones agudas para su posible tratamiento: a) trastornos originados por insuficientes emociones estabilizadoras; b) por insuficientes emociones alteradoras (sobrepotección); c) por bloqueo temporario de relaciones hipnóticas principales; d) por relaciones interpersonales hipnóticas de la vida diaria con marcado predominio de un tinte negativo; y, en fin, e) por diversas condiciones anti-fisiológicas de vida.

No se nos ocultan las dificultades sin cuento y los riesgos de todo orden que envuelve el uso de la hipnosis (lo que justifica en parte la resistencia que el oficialismo médico le opone), pero la meditación de estos temas constituye una necesidad objetiva en el desarrollo de las ciencias psicológicas.

MARCO ANTONIO ALLENDES.